



EXPOSICIÓN

VENDIENDO EN LA CALLE

Con la colaboración de la Fundación Joaquín Díaz

SALA MUNICIPAL DE EXPOSICIONES DE LA CASA REVILLA
Del 27 de junio al 25 de agosto de 2019
C/ Torrecilla, 5, Valladolid. Tfn.: 983 42 62 46
De martes a domingo y festivos de 12 a 14
y de 18:30 a 21:30 horas. (lunes cerrado)



EXPOSICIÓN

VENDIENDO EN LA CALLE

Con la colaboración de la Fundación Joaquín Díaz

SALA MUNICIPAL DE EXPOSICIONES DE LA CASA REVILLA
Del 27 de junio al 25 de agosto de 2019
C/ Torrecilla, 5, Valladolid. Tfn.: 983 42 62 46
De martes a domingo y festivos de 12 a 14
y de 18:30 a 21:30 horas. (lunes cerrado)



Las primeras colecciones de grabados en los que aparecen vendedores ambulantes surgen en el límite entre los siglos xv y xvi, y representan oficios en los que se presume una obligada relación entre quien comercia o trata y un público comprador. Justamente por esa necesidad de comunicación, quienes dibujan o retratan al vendedor suelen hacerlo en actitud de marchar –lo que parece transmitir la idea de esa imprescindible trashumanza de su negocio– o voceando la mercancía –con una mano haciendo de pantalla para que su pregón llegara más lejos o fuera mejor dirigido–, unas veces en solitario y otras rodeado de expectantes espectadores cuyos ojos parecen sustituir a los oídos por lo abiertos que están y la fijeza que manifiestan al observar al artista de la comunicación. La invención de la fotografía, lejos de apartarse de estos modelos –cuyos autores suelen advertir en el título que son «tomados del natural»–, viene a contribuir a



mejorarlos, retratando el «paisaje» en el que desarrollan su actividad, que suele ser la calle, un mercado o una fiesta ritual. Todos estos extremos y otros pueden comprobarse en las sucesivas descripciones literarias y plásticas que un oportuno costumbrismo rescató del pintoresquismo banal para alzarse como pilar de un verdadero estudio de tipos populares. Uno puede viajar desde Lope o Quevedo hasta Antonio Flores, pero también desde Juan de la Cruz Cano hasta Eduardo Vicente, y completar el recuerdo personal o la imagen infantil de aquellas calles bulliciosas, con trazos artísticos o literarios que abarcan desde la Edad Media hasta el momento en que nuestra mentalidad comienza a tambalearse bajo el peso de una moderna y aséptica visión del mundo y de sus habitantes.

Vendiendo en la calle
27 de junio al 25 de agosto de 2019

Sala de Exposiciones de la Casa Revilla • Calle Torrecilla, 5. Valladolid



Probablemente al individuo de nuestros días, que ya compra por internet y que sólo por curiosidad o snobismo se acerca a los mercados –de donde, por cierto, ya casi han desaparecido las balanzas, los cestos, los gritos y el trato físico– estas imágenes le resulten tan ajenas como la cultura que representan, pero nada de lo que acontece en el campo de la tradición es superficial ni mucho menos superfluo. Las leyes antropológicas del lenguaje –esas que unen la palabra a la acción, que identifican la voz con el gesto– sirven para marcar el camino del acercamiento entre individuos y para facilitar su comunicación, de modo que la pretensión de eliminar gratuitamente alguno de sus códigos puede provocar un peligroso desequilibrio. Aunque las fotografías expuestas no sean siempre un documento nuevo, en el sentido antropológico, aportan esa posibilidad de participación visual e interpretativa en algo que fue y ya no es, no sólo en su conjunto cultural sino en su realidad química. Ningún invento conseguiría reunir de nuevo a estos personajes que aparecen en las instantáneas, ni lo que representan (es lo que Roland Barthes llamaba el «temps écrasé»), pero nuestra imaginación –hayamos participado o no de la época y de sus consecuencias– nos dará pautas para nuevas e interesantes lecturas personales.



Una de las más hermosas y completas colecciones que existen sobre grabados de tipos populares es la que realizó Miguel Gamborino bajo el título genérico de «Los gritos de Madrid». Gamborino, nacido en Valencia en 1760, comenzó a publicar a finales del siglo XVIII una serie de láminas (a imagen y semejanza de otras aparecidas en Francia, Italia e Inglaterra), en cada una de las cuales aparecían cuatro personajes de los que en esa época recorrían las calles de la capital de España pregonando su mercancía para venderla. A través del fino y riguroso trabajo del grabador, podemos observar no sólo la indumentaria especial de cada vendedor y el producto específico que acarreaba, sino el grito que le caracterizaba y que hacía salir sin error al posible comprador a la puerta de su casa; lástima que no incluyera Gamborino la entonación —a veces cantinela— con que cada mercadería era voceada, salmodia que, aun siendo algo personal, se ha conservado hasta nuestros días con algunas propiedades comunes y otras peculiares.

Los puestos

La conocida fotografía de la Plaza Mayor repleta de comerciantes en un día de mercado, tomada por Bernardo Maeso desde su estudio de la Acera de San Francisco, se complementa con otra del Archivo Municipal de Valladolid, con un encuadre que abarca la calle Alarcón y parte del Corrillo, en la que mesas, borricos y otros soportes —incluso el suelo— sirven para presentar a los compradores los productos.





Con el edificio del Banco de España al fondo, los exteriores del Mercado del Campillo –emplazado en lo que hoy se denomina Plaza de España– servían de espacio adecuado para los tenderetes y toldos de diverso origen y descuidada confección que salpicaban un emplazamiento ideal para el menudeo, sin tráfico de carros ni caballerías.



Los exteriores del Mercado del Val –el original y el posterior sin el lucernario central– sirven para albergar una nube de vendedores, compradores, curiosos y desocupados, además de los consabidos espectadores del ciego de cartelón que, entre mercancías y alimentos, narra ante los asombrados oyentes el último suceso truculento, tan cierto y tan nuevo como cada uno quiera considerarlo.





Tres fotografías del Mercado de Portugalete ofrecen visiones de distintas épocas de un «centro comercial» del siglo XIX. La compra de alimentos o de ropa se podía complementar con la visita al «memorialista» para que transcribiese con cuidada letra los buenos deseos, las noticias luctuosas o las preocupaciones en una carta dictada verbalmente.



El interior del Mercado –en este caso el del Campillo– albergaba los puestos «oficiales», numerados y rotulados, junto a otros más humildes de productos perecederos que requerían abrigo los días desapacibles o de intenso calor. Habría que preguntarse si Ángel Díez era capaz de vender la inmensa cantidad de huevos que tenía en sus mostradores o eran huevos «de pega» para atraer visualmente a los clientes.





La célebre feria del «Sudario» –donde se vendían juguetes, alfarería, dulces y frutos secos– tenía lugar en el paseo de los Filipinos a partir del Sábado de Gloria y más recientemente del Domingo de Resurrección. Gentes de todos los pueblos de la provincia acudían a contemplar y venerar una reproducción de la Sábana Santa de Turín que sacaban anualmente las monjas dominicas de clausura del convento de La Laura. Esta reliquia, regalo de Don



Fadrique, cuarto duque de Alba, a su esposa y prima –la fundadora del convento Doña María de Toledo– fue traída de Italia después de haber solicitado don Fadrique al duque de Saboya que se superpusiera el lienzo sobre la Sábana Santa de modo que quedara en él «estampada la efigie del Señor con tanta perfección y semejanza que no se pudo discernir y reconocer cuál de los dos fuese el original y cuál el milagroso», según constaba en un manuscrito conservado en el convento.



La plaza del Ocho siempre fue, particularmente en la época de Navidad, un sitio especialmente querido por los feriantes que instalaban sus efímeros puestos con todo tipo de productos, desde los de primera necesidad hasta los absolutamente innecesarios como petardos, narices de cartón, saxofones mudos e insoportables tambores.

Vendiendo en la calle
27 de junio al 25 de agosto de 2019

Sala de Exposiciones de la Casa Revilla • Calle Torrecilla, 5. Valladolid



Baúles de madera o cuero y cestas de mimbre servían a los vendedores ambulantes de medio de transporte y asiento, tanto en la ciudad como en las romerías de San Isidro o del Carmen. En cuanto a los toldos y sombrajos, no siempre eran de lona y se servían de sacos, mantas, colchas y toda clase de coberturas para confeccionar el necesario abrigo.



En el Carmen extramuros se celebraba la tradicional romería –que a veces se prolongaba hasta otra celebración que la hermandad dedicaba a la Santísima Trinidad– en la que muchos feriantes vendían diferentes géneros, se comía en familia y se bailaba, hasta el extremo que durante muchos años

del siglo XIX se consideró ésta la romería más popular de Valladolid. Uno de los dulces más vendidos era un tipo de rosquilla similar a las famosas «rosquillas de Fuenlabrada».





Los portales o soportales eran a veces un espléndido refugio para los artesanos y vendedores ambulantes, como el zapatero que aparece en primer término o el afilador que vendía o vaciaba cuchillos y navajas avisando a los posibles clientes con su característico chiflo.



También sirvieron los intercolumnios para otros fines, como los propagandísticos. Recién terminada la guerra civil, por ejemplo, podían verse en la Plaza Mayor escenas como la de la foto en que se «recomendaban» determinados libros bajo el lema de «Estudio y Acción», muy utilizado por quien fue responsable, organizador del SEU y ocasionalmente Secretario General de la Falange, Alejandro Salazar.





Durante siglos no existió un modelo determinado de tenderete, aunque a veces el Concejo o el Municipio recomendase, por sus características presuntamente mejores o por estética, un tipo de montaje que, aun siendo efímero, permitiese guarecerse a los comerciantes y colocar sus productos de forma práctica en un improvisado mostrador. Siempre hubo, entre los comerciantes estantes, algún atrevido –como en el caso de Santos en la Plaza del Rosarillo– que sacaba los productos a la puerta para atraer a sus compradores y clientes.



Los barquilleros eran tan movedizos que casi siempre buscaban la sombra o el sol según las estaciones sin toldos ni impedimentos. La oblea se hacía con una masa ligera de harina y agua azucarada. Esa masa se introducía en un molde de hierro que se calentaba al fuego. Al salir, tomaba la forma de quilla de barco, por lo que se denominó barquillo. También se vendía gofre, al estilo de París o de Lieja.

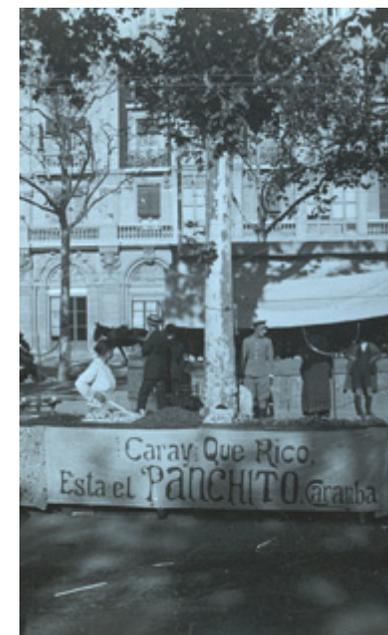




Aunque las palmas se vendían tradicionalmente desde mediados del siglo XIX en las tiendas de Valero y de Aznar, en la calle de la Platería, también había puestos ambulantes que las vendían durante los días finales de la Cuaresma. Solían ser los mismos estereros que vendían alfombras en invierno. Se traían por miles desde Levante –especialmente de los palmerales de Elche– y, una vez terminados los actos litúrgicos en los que eran imprescindibles, se colgaban de los balcones.



Aguadores y vendedores de frutas «aturden a todo bicho viviente con sus gritos», decía un gacetillero de El Norte de Castilla en los años 80 del siglo XIX haciéndose eco de un malestar general. Unos horchateros «vocean con la frecuencia de un reloj suelto» y «lienceros y encajeros publican sus mercancías con estampidos» que impiden dormir la siesta, se queja el redactor siguiendo indicaciones de sus lectores. Los gritos de la calle convertían la ciudad en un galimatías molesto y confuso.





Sin remontarnos a tiempos pretéritos podemos recordar sin dificultad los vallisoletanos los cánticos del traperero lanero, del piñero, del botijero o del afilador, precedido este último de aquel toquecillo único ejecutado en su flautilla de pan; más atrás en la evocación nos podríamos encontrar con las voces del arenero, del lañador, del sartenero, del aguador o del vendedor de sangrecilla, oficios todos ellos ambulantes también y necesitados de esa pública y sonora predicación para atraer a la parroquia.

Puertas y escaparates



Atraídos por las posibilidades que una ciudad en proceso de creación y desarrollo ofrecía, algunas familias confiaron en la suerte y en su trabajo y se vinieron a Valladolid a vivir y a instalar su negocio. Eligieron Valladolid y, en justa reciprocidad, Valladolid los eligió después como ciudadanos notables, alcaldes o concejales. Las provincias de Zamora (familia Uña), Palencia (Ambrosio Pérez, de Grijota), Castellón (Moliner, Villalonga, Carnicer, Vaquero, de Alcora), Salamanca (Pantaleón Muñoz), Santander (Polanco) y otras, proporcionaron los apellidos que se unieron a los clásicos de Valladolid para formar un entramado comercial sólido y diverso. Cuando los niños de antes se ponían pesados, sus padres solían decir para entretenerlos: vamos al centro a ver escaparates. Al volver a casa escuchaban a esos mismos padres que los comercios de Valladolid tenían fama en toda España y aunque en esa edad cualquier advertencia paterna parecía una exageración, en este caso no lo era. Los escaparates de la ciudad, con su ornamentación y materiales, se asomaban tanto a los ojos de los vallisoletanos como éstos lo hacían hacia el interior de las tiendas y hacia la belleza de sus contenidos.



Camisería El Louvre, de Bautista Alonso, el interior del bazar Moliner, la juguetería Hijos de Carnicer (que luego sería Justo Muñoz) y el Bazar Parisián, de Ambrosio Pérez, con sus preciosos escaparates y abigarrados interiores.



Vendiendo en la calle
27 de junio al 25 de agosto de 2019

Sala de Exposiciones de la Casa Revilla • Calle Torrecilla, 5. Valladolid



La camisería Oriental (de Lamberto Santiago), los comestibles de Saturnino Rubiales y la tienda de música del célebre dulzainero Ángel Velasco mostraban diferentes modos de «asomarse» al exterior y reclamar la atención del público, bien personalmente bien con la ordenada disposición de los productos expuestos en el escaparate.



Vendiendo en la calle
27 de junio al 25 de agosto de 2019

Sala de Exposiciones de la Casa Revilla • Calle Torrecilla, 5. Valladolid



Propietarios y clientela salían a veces a la calle para ser inmortalizados por fotógrafos de la época. A Lorenzo Bernal (dueño de la Solera) le sucedería Juan Martín Calvo que bautizaría el local como Villa Elenita. La zapatería Modelo perteneció a Indalecio Esteban y, ya en el siglo xx, a Luis Delgado. En la esquina de Miguel Iscar con Marina Escobar Fidel Benavides mostraba orgulloso al fotógrafo tres ejemplares de remolacha de los que le servían de reclamo en la publicidad de sus tarjetas postales; el grupo fotografiado está situado bajo el cartel que durante tantos años caracterizó y embelleció ese recodo de la casa de Mantilla.



Los gritos de la calle

Durante siglos se vendía en la calle a gritos. En el camino hacia la ciudad educada y tranquila que hoy se pretende se publicaron decretos para la convivencia o simplemente para que los improvisados puestos de los vendedores no estorbaran a los transeúntes. Una y otra vez se dictaron normas para que no se molestara al vecindario con los gritos de la venta ambulante: tales cantinelas respondían a unas formas muy decantadas por el uso y muy pulidas que, aunque rompieran el silencio de las plazas y calles, a todas luces resultaban altamente eficaces, desde los recursos tradicionales del pregón escueto hasta la improvisación calculada del charlatán. Del mismo modo que el ciego llamaba la atención de sus potenciales clientes con una serie de fórmulas melódicas altisonantes, así los vendedores callejeros echaban mano de proclamas sonoras en las que el ritmo, la entonación, el volumen y lógicamente el mensaje, contribuían a la identificación del producto y del vendedor. Había en ese pregón varios elementos que interesaba comunicar: en primer lugar, si es que no quedaba suficientemente claro con la presencia física, qué se vendía; en segundo lugar, las cualidades del producto y por último las características concretas que lo hacían deseable y adquirible, como por ejemplo la procedencia, la frescura o su pretendida necesidad.





Pericón «el de los repertorios» recorría anualmente la mitad norte de España, muy especialmente cuando llegaba el momento de vender «zaragozanos» a los labradores. Estos libritos que contenían predicciones meteorológicas junto a sucintos relatos de efemérides históricas se llamaron así en honor a Victoriano Zaragozano, médico y astrónomo del siglo XVI. La fotografía, fechada en 1915, es de Modesto Montoto.

Los aguadores vendían el agua a domicilio ayudándose de unos carretoncillos donde llevaban un par de cántaros con los que acarreaban el líquido desde la cuba. Llegó a haber un gremio de aguadores, pero la construcción de nuevas fuentes y finalmente la red de agua en las casas acabaron con la costumbre.





León Salvador, vendedor ambulante, era un calendario festivo en movimiento. Su memoria y precisión recordando todas las ferias principales de España y sus fechas correspondientes podría asimilarse a la capacidad de Luisito el de Pozaldez –otro gran comunicador vallisoletano– para retener las características y datos de cada una de las localidades que visitaba anualmente y en las que siempre se le esperaba con afecto y simpatía. La fama de ambos los precedía. En el caso de León Salvador se esperaban también sus oportunos comentarios sobre los festejos taurinos pues la afición que tenía a la entonces llamada «fiesta nacional» le daba autoridad para opinar sobre toros, toreros y espectáculo. Su vida, salpicada de anécdotas –unas reales y las otras inventadas– tuvo, como no podía ser de otro modo, sus claroscuros. Se dice que viajó más que sus propias maletas (en las que llevaba la variopinta mercancía) y que murió como vivió, escaso de recursos aunque le hubiesen sobrado siempre los coloquiales, pues gastó en el juego todo lo que ganaba con sus fantásticas ofertas. Algunas de éstas iban precedidas por un «sermón» en toda regla en el que renegaba del dinero y de las consecuencias de su posesión, alabando valores como la amistad, el amor o las actitudes heroicas, y concediéndolas tanta importancia como al talento, ése que él regalaba a manos llenas. Fot. Luis del Hoyo y Miguel Marín



Desde mediados del siglo XIX músicos calabreses venían con sus zampognas gigantes y sus ciaramellas o dulzainas, alegrando las calles de muchas ciudades españolas. En esta fotografía del archivo Mas, tomada en 1911 y conservada en el Institut Amatller d'Art Hispànic, un músico y una mujer vendiendo oraciones, entretienen a los improvisados espectadores de una calle de Burgos.

Hacia los años 80 del siglo XIX se puso de moda el uso de barcas en el Pisuerga por parte de las estudiantinas, las rondas, las comparsas, etc., particularmente en la época del Carnaval, momento en que los populares músicos vendían sus coplas entre paseo y paseo por el río. Cuando los estudiantes llegaban al Monasterio de Prado se bajaban y echaban unos tragos para regresar al mismo punto de partida. Alejandro la Calle, autor de un artículo publicado en prensa sobre la curiosa costumbre lo describía así: «Como para beber se entra en Rueda pasando el blanquillo por la Seca garganta no hay mejor salida que por Mojados». Las fotografías muestran a una comparsa actuando en el templo de Recoletos, a un tuno retratado por Laurent y a la sección rondallística del Orfeón Pinciano.





Los versos de coplas y romances eran cantados, recitados o pregonados a voz en grito por los ciegos: «Aquí está el ciego señores... acudan y escuchen todos...», exclamaciones que contribuían, junto con su teatralidad y apariencia externa a atraer más la atención del público. El ciego, aparentemente desvalido, estaba amparado sin embargo por un gremio o cofradía de ciegos que velaba por su seguridad y derechos, evitando el intrusismo en la profesión. El ciego coplero, apelaba a su ceguera para mover a la compasión popular, y aprovechaba la presencia de su lazarillo para vender los últimos crímenes o los sucesos más sorprendentes y truculentos. Fot. de Baltasar Cue y Luis del Hoyo.



«Recorre la calles de Valladolid un extranjero que entretiene a todos los chicos y a muchos mayores tocando a la vez seis instrumentos. En donde quiera que se para a ejercer su industria, un gran corro de gente obstruye el paso, pero en honor a la verdad debemos decir que casi siempre tiene cuidado de ponerse en Plazuelas y sitios espaciosos. Otro extranjero exhibe una mona y un perro con los cuales hace varios ejercicios», publica El Norte de Castilla a fines del siglo XIX. Los adiestradores de animales cambiaban algunas «habilidades» por una limosna y reunían a su público con estruendo de tambores, panderos o trompetas hasta que consideraban que había número suficiente de personas.



*Osos tristes y danzantes que los zíngaros de cobre
martirizan; oso esclavo, oso fúnebre, oso pobre,
arrancado a las entrañas de los montes del Tiroi;
sé leer en vuestros ojos y podemos hablar sobre Atta Troll ...*

Rubén Darío: *Canción de los osos*

Foto: Tirso Unturbe





Laurentino de la Justicia, uno de los primeros impresores de postales para recuerdo (posteriormente seguirían el ejemplo las imprentas de Montero y Zapatero y el bazar de Guillén), tenía un carrito de mano que, situado en lugares estratégicos como la Estación del Norte o la Plaza de Colón, le servía como centro de suscripciones. De ese modo, y haciendo uso de esa sucursal rodante, el posible cliente se apuntaba al periódico o revista ilustrada que quisiera de forma cómoda.



Las ferias solían traer atracciones de diverso tipo pero una de las más frecuentadas era la tómbola, modelo de rifa que permitía cambiar números comprados al feriante por regalos, en el caso de que salieran premiados. En la última foto se ve a los célebres hermanos Tonetti (los santanderinos José y Manolo Villa del Río) animando la tómbola diocesana de la vivienda en las ferias vallisoletanas de 1967.





Productos

El uso de «cacharros» de barro durante cientos de años hizo imprescindible la figura de olleros y botijeros. Algunos venían de alfares cercanos o de la misma ciudad; otros viajaban desde Salvatierra, en Badajoz, para ofrecer su mercancía un poco antes del verano. En el acento de su cantinela se percibía el deje: «Botijo fino». Los fríos del invierno y los «descuidos» eran asimismo una buena razón para renovar el ajuar. «Como vulgarmente se dice, no hay mal que por bien no venga; el frío intenso de estos días y lo peligroso del piso que ha dado lugar a tantas caídas, ha servido para la rotura de muchos cántaros de los que conducían las sirvientas que iban a las fuentes, y por consiguiente han salido ganando los alfareros», escribía el gacetillero de El Norte de Castilla en los años 70 del siglo XIX.

Vendiendo en la calle
27 de junio al 25 de agosto de 2019

Sala de Exposiciones de la Casa Revilla • Calle Torrecilla, 5. Valladolid



Del mismo modo que en la Rue Saint Jacques de París el peregrino podía encontrar grabados y estampas del apóstol Santiago, los «Tesi-ni» o habitantes de San Pieve Tesino, cerca de Padua, consiguieron hacerse con el negocio europeo de las imágenes de santos desde que el imposible pastoreo les expulsó de su patria en el siglo xvi. Pronto encontraron en Giovanni Antonio Remondini y sus sucesores a partir de mediados del siglo xviii el mecenazgo que buscaban para distribuir por miles de pueblos en toda Europa los impresos, imágenes o cartas que deseaban adquirir las ingenuas y devotas gentes de pequeños pueblos y grandes ciudades. Establecieron un itinerario con más de 50 tiendas donde almacenaban las imágenes que necesitaban reponer o vender rápidamente y se hicieron con el mercado de numerosos países de Europa y América.



Cascajo se llama a todo tipo de frutos secos que tienen cáscara y que suelen consumirse en las fechas de Navidad. Unas semanas antes de Nochebuena aparecían los vendedores de nueces, avellanas, castañas, piñones, etc. y montaban sus puestos en los lugares acostumbrados donde recibían la visita de sus habituales clientes pero también de los vigilantes del Ayuntamiento que cuidaban de que no hubiese fraudes en las medidas. «Las expendedoras del cascajo (nueces, almendras y avellanas tostadas) despachan su género con una medida de cuartillo buena, pero tan estrecha que el hueco que ocasionan las nueces hace que den de menos», advierte un periódico de finales del siglo XIX.



El barquillo se vendía entre otros lugares en el Campo Grande. Aunque las obleas ya eran conocidas y fabricadas antes de la Edad Media, la costumbre de depender de una ruleta para obtenerlas es probablemente del siglo XIX. Hacia 1870 escribía un periodista de El Norte de Castilla: «Hace días que en los mercados y plazas de esta ciudad se coloca un hombre con un juego nuevo consistente en un círculo giratorio con una aguja que al pararse señala la ganancia o la pérdida del que la mueve, previo el pago de dos cuartos. Entre los premios que la aguja puede señalar hay algunos de valor relativo para aquella cantidad, como bandejas, pañuelos etc., pero también hay rosquillas de dos maravedís y pastillas de jabón y otros objetos de precio ínfimo que son los que abundan». El periodista comenta que mucha gente acude y dice que la autoridad debe proteger al ciudadano de estos juegos tentadores prohibidos terminantemente por las antiguas leyes. La ruleta tenía unos espacios que no estaban numerados y el cliente podía perder todo lo acumulado...



La harina vallisoletana, de gran calidad y finura, permitió que durante muchos años proliferaran las fábricas que elaboraban pastas para sopas, básicas en la alimentación cotidiana, pero también pasteles y hojaldres. Los pasteles estaban hechos de una masa de harina y manteca que se llevaba al horno y que se rellenaba de crema o de fruta. Los hojaldres estaban elaborados con una masa crujiente que llevaba harina, agua, grasa (antiguamente manteca de cerdo y posteriormente y por influencia francesa, mantequilla) y sal. Los bizcochos se hacían con una masa en la que se mezclaban la harina de trigo, la mantequilla, el agua, los huevos y el azúcar; los bizcochos se caracterizaban por el tipo de cocción (bis coctum, cocido dos veces) y por el cuidadoso horneado para que la masa subiera gracias a la levadura. En este apartado podrían incluirse todo tipo de productos caseros, desde las magdalenas al bollo maimón, que durante cientos de años se hicieron en las cocinas familiares y se vendieron en ferias y mercados.



Los pozos de nieve existentes en muchas localidades de España atestiguan el uso de los helados en verano. El ingenio de algunas personas vino a combinar el gusto por las bebidas frías con la posibilidad de venderlas de forma ambulante: durante buena parte del siglo XIX y la mitad del XX se vieron muchos carritos donde confiteros y heladeros vendían por calles y plazas sus ricos helados fabricados artesanalmente y con diferentes sabores que coronaban los conos de barquillo para deleite de niños y mayores.

Vendiendo en la calle
27 de junio al 25 de agosto de 2019

Sala de Exposiciones de la Casa Revilla • Calle Torrecilla, 5. Valladolid



Se llamaban frutas de sartén las masas hechas con harina, agua, a veces queso rallado y a veces huevo, que luego se freían en la sartén en aceite muy caliente. En ocasiones se utilizaba para la fritura un hierro en uno de cuyos extremos había una especie de flor que se bañaba en la masa antes de introducirla en la sartén para que el molde formase el dibujo. Los churros y porras acostumbran tener un tamaño particular y se van echando a la sartén o freidora desde una churrera donde se introduce la masa que después saldrá por unas boquillas de diferentes grosores y formas (generalmente abundan las de forma estrellada o estriada). Algunas churrerías y buñolerías de Valladolid (que también vendían patatas fritas en verano) ocuparon improvisados puestos cerca de los mercados para acercar sus productos a los lugares más frecuentados. En las dos primeras fotografías se ve la churrería de Ángel Alonso, que pondría despacho propio a partir de 1955 en la calle Pisuerga –actualmente regentado por su hijo José Antonio– y en la tercera el puesto de la churrería La Perla, de Martina Arce.





Reparto a domicilio

Antes de que llegaran los modernos sistemas de calefacción, las piñas y el carbón se vendían y repartían a domicilio. En las épocas de más penuria económica incluso, se confeccionaban bolas de carbón para el uso doméstico en las cocinas. El año 1951 comenzó con una grave escasez de carbón. En febrero, el gobierno recomendó hacer bolas de carbón para producir un tipo de combustible que durase más tiempo. La fórmula era: «Tomar una parte de polvo de carbón, una parte de serrín, dos partes de arena, una y media partes de arcilla, y mézclase bien junto con el agua. Coloque las bolas en un lugar seco hasta que cuaje».



Pesos y balanzas

Una de las preocupaciones de los gobernantes fue siempre la de «normalizar» las pesas y medidas para evitar fraudes. A la torre de Babel de los sistemas de unidades vino a poner coto el sistema métrico decimal. O al menos a intentarlo: hubo una enorme resistencia entre los usuarios e incluso entre las propias autoridades del medio rural a cambiar unas normas centenarias que incluían fanegas, estadales, celemines y cientos de medidas consolidadas por la práctica y el uso.

En 1849 se adoptó por ley la resolución de cambiar todas las unidades anteriores al sistema métrico. En 1852 se publicó una Real Orden con las equivalencias entre las medidas primitivas y las nuevas. En 1868, una fábrica de romanas, «La castellana», anunciaba que había



comenzado a cambiar las romanas según el nuevo sistema. En 1870 salió un anuncio previniendo a los usuarios de la necesidad de adaptarse a las nuevas normas: «Desde el día 15 de Mayo será obligatorio el uso de unidades lineales, itinerarias y ponderales del sistema métrico decimal». En 1873 se publica un Bando de la alcaldía de Valladolid sobre el almacenamiento de sustancias peligrosas dentro de la ciudad y sobre la utilización de las pesas y medidas del sistema métrico decimal.

En 1880 –30 años después de la primera ley–, se fijó la obligatoriedad del nuevo sistema que se impuso «oficialmente» pero siguieron usándose cántaras, azumbres, fanegas y leguas.





Hasta llegar a las modernas balanzas electrónicas, muchas marcas y fabricantes sirvieron a los comercios vallisoletanos y a los vendedores ambulantes. Además de las clásicas «romanas» el siglo pasado se hicieron famosos los pesos construidos por Berkel, Arisó, Ortega, Antonio Pessoa, Aversa, Cely y muchos otros, tanto de factura nacional como extranjera. En Valladolid, y a partir de 1860, fabricó balanzas Basilio Pérez cuyo negocio heredaron sus hijos.

